

Se publica y reparte gratis dos veces al mes.

LA AVALANCHA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: *Biblioteca Católico-Propagandista.*—Tejería, 24, PAMPLONA.

POBRES Y RICOS.

I

POBRE en el concepto y en el lenguaje del mundo es sinónimo de desdicha y de desgracia, y rico por el contrario es sinónimo de felicidad y de ventura sin cuento. Otro es el lenguaje de nuestra sacrosanta religión, que quita el estigma que se graba en la frente del pobre, al declarar que para servir á Dios con perfección, es preciso ser pobre, es necesario renunciar de hecho y con el espíritu á los bienes de este mundo, santificando así á la pobreza y elevándola á la categoría de virtud y de virtud excelsa. Y para que nadie se avergüence de ser pobre, el Divino Fundador de nuestra religión N. S. Jesucristo, Señor de todo lo criado, quiso, como en lo demás, ser modelo de esta virtud, naciendo de madre pobre, viviendo del sudor de su frente y muriendo desnudo en la cruz.

La única religión que mira por el pobre, y esta es una de las señales de que es la verdadera, conforme á lo que N. S. Jesucristo respondió á los discípulos de San Juan cuando al darles pruebas de su misión divina diciéndoles que los ciegos veían, los cojos andaban, les añadió: «y los pobres son evangelizados,» es la religión católica. Ninguna de las demás religiones se interesa por los pobres: la pagana consentía y fomentaba la esclavitud: la de Buda y Confucio los relega á la casta más despreciable, sin que los bonzos comuniquen con ellos para nada: la mahometana los desprecia; y la protestante, por boca de Lutero, mandaba tratarlos á hierro y fuego.

Enumerar los servicios prestados por la Iglesia á los pobres, es tarea que exigiría muchos libros. Al principio de la Iglesia todos los fieles depositaban sus bienes en manos de los Apóstoles, que también fueron doce pobres pescadores, con lo que los pobres se vieron altamente favorecidos, pues ellos eran los que resultaban gananciosos; y los ejemplos de los mártires que cuando arreciaba la persecución se desprendían de todo para recibir la aureola del martirio; y los de las matronas romanas antes tan envilecidas y caprichosas, que daban libertad á sus esclavos y repartían sus cuantiosos bienes entre los pobres, prueban, hasta la saciedad, la influencia benéfica de las saludables enseñanzas de la religión para con los pobres en los primitivos tiempos de la Iglesia. Aquí están mis tesoros y los de mi Iglesia, respondía el Santo Diácono español Lorenzo cuando el rapaz tirano le exigía que le presentase sus tesoros y los de su Iglesia, presentándole una multitud de pobres y enfermos. Cuando en el siglo tercero empezaron á poblarse los desiertos de cenobitas y anacoretas, lo primero que se hacía para abrazar este género de vida era, á ejemplo de San Antonio, distribuir todo lo que se poseía á los pobres; aún más, aquellos Monjes consumían la vida en el trabajo y en la oración y lo que les sobraba después de atender á sus pequeñas necesidades—algunos de ellos pasaban con una libra de pan y agua y vivieron más de cien años—lo distribuían entre los pobres: en los Monasterios se atendía á los pobres y á los enfermos y en las ciudades como Osiringa donde había muchísimos monjes encontraban hospitalidad segura los pobres que á ella acudían.

Lo mismo que en los primeros siglos ha continuado la Iglesia protegiendo á los pobres y desvalidos. A la Iglesia se deben, la abolición de la esclavitud y la fundación de los hospitales, que tuvieron su origen en el recinto de los Monasterios, y estos dos hechos que son los mayores beneficios que han recibido los pobres en este mundo, indican el amor de la Iglesia á los pobres.

Pero prescindiendo del auxilio material que la Iglesia haya prestado y preste á los pobres es mucho más el apoyo moral que les suministra. La Iglesia no hace distinción entre pobres y ricos en la administración de sacramentos, sus preceptos á todos obligan, sus consejos á todos se dirigen, su doctrina á todos vivifica. Dentro de la Iglesia no es pues ninguna ventaja el ser rico; por el contrario, es una ventaja el ser pobre.



EL CAPULLO DE ROSA.

¡Qué frío!

Las mañanas de Mayo aún son frescas, y más en mi pueblecito, que está tan alto.

La noche la había pasado intranquilo, y al primer canto del gallo dejé la cama.

Eran las cinco.

Había salido de mi casa sin pensar á donde iría, y casi inconsciente bajé la cuesta que conduce al arroyo. Me senté y dejé vagar la vista, aún velada por esta especie de adormilamiento que producen las primeras horas del día.

Veía y no veía.

Sobre mi cabeza y en la falda del monte se escalonaban las casas de la aldea que coronaba la torre de la iglesia; á mi alrededor crecía un bosquecillo, á mi lado brotaba una fuente, á mis piés murmuraba un pequeñito pero bullidor arroyo que iba á morir á poca distancia de un río mayor y más tranquilo.

La noche cedía su imperio al día, y aún las estrellas luchaban por no ver apagada su brillante luz.

Algunas nubes, diseminadas en la techumbre azul, se matizaban en púrpura, y desde la rama del árbol saludaba el pájaro con sus trinos un rayo dorado que fingía brotar de la montaña.

Las aguas del arroyo parecía que retardaban su paso como aguardando también su parte del sol; y las flores que á su orilla crecían se esmaltaban de rocío, abriendo poco á poco sus hojas.

Mi vista se fijaba en el sol como en las aguas, en las aves como en las nubes.

A orillas de la corriente llamó sobre todo mi atención un precioso rosal. No crecía en él mas que un solo capullo, cobijado por una magnífica rosa.

La rosa encarnada, casi negra, tenía más de cien hojas, envuelta en otras tantas verdes; el capullo, apenas abierto de entre su verde pétalo, dejaba ver una cabecita rosada y blanquecina.

El viento jugaba con la rosa y el capullo.

Miraba yo fijamente á las flores, y aun juraría que aquel murmullo que llegaba á mis oídos eran palabras, y que lo que voy á contaros no lo he inventado.

—Madre, decía el capullo, tus ramas me sujetan demasiado; tus hojas me aprisionan, me ahogan; déjame, madre, déjame doblar más mi cabeza y llegar hasta las aguas del arroyo, y allí beber más vida para crecer antes, para ser más pronto rosa como tú.

—Eres loco, contestaba la rosa; adelantar la vida es encontrar la muerte; paso á paso llegué á ser lo que soy; no vayas tú más de prisa, que tal vez no por eso llegues antes.

—Yo quiero, madre, suplicaba el capullo, que mis hojas tengan tu rojo color, que cuando pase el caminante fije en mí sus ojos como en tí, que me miren con envidia como á tí te miran; quiero exhalar tu fragancia, tener tu ternura, brillar con tu brillo; yo quiero todo eso.

—Tú lo tendrás, hijo mío, tú tendrás todo eso y aun más tal vez; pero deja á Dios que te lo dé. También tú tienes aroma, también tú tienes belleza, también te miran, también te quieren.

—Pero antes la tendré si la busco en las aguas del arroyo. Cuando cae el rocío del cielo todas sus perlas caen en tus hojas y ninguna en las mías; cuando la brisa nos acaricia, cuando el sol nos hiere con su luz de fuego, siempre eres tú la preferida: sol, tierra y rocío me desprecian por ruin.

—No tal, te respetan por debil.

—Yo quiero más vida.

—Hijo, que te matas.

—Verás, madre, con cuánto orgullo contemplarás luego á tu hijo el más hermoso de los capullos, la más preciada de las rosas. Déjame bajar, madre, suéltame.

—Nunca.

—Suéltame.

Y la rosa y el capullo se movían en vaivén rápido y agitado, y mis ojos seguían fijos aquella lucha entre el amor de la madre y las pasiones del hijo, y yo casi instintivamente iba á prestar ayuda á la madre, pero fué tarde.

El capullo en sus descompasados movimientos se había desprendido cayendo en las aguas. Unas anchas hojas le sujetaban á pesar de los sacudimientos de la corriente.

—Hijo, decía la rosa desconsolada, no te muevas, vive, aun cuando sea lejos de mí; sé feliz y no busques más dichas para encontrar penas.

—No lo creas, contestaba aún el capullo, nadie puede ser más dichoso que yo; ¡cuánta vida, cuanta frescura, qué delicias!

Y el discolo botoncillo saltaba de contento todavía. De repente aquellas hojas que parecían solícitas abrigarle, ceden, y él conoce que el agua le arrebató, y entonces busca el apoyo maternal y no lo encuentra. En vano llama después á la rosa su madre; ella no puede ya nada:

—¡Socorro, dice, socorro, voy á morir, no me dejes!

—Huiste de mí, y mi protección no te alcanza.

—Madre, madre, yo creceré á tu sombra, yo no querré ni más calor, ni más brisa, ni más rocío que el que tú me prestes.

—Es tarde, hijo, es tarde.

Y poco á poco las aguas arrebataron al tierno botón, y al fin mis ojos le perdieron entre las turbias aguas del río.

La madre inclinaba tanto su cabeza que sus hojas también cayeron, y, mustias y deshechas, yo las ví perderse también entre las aguas.

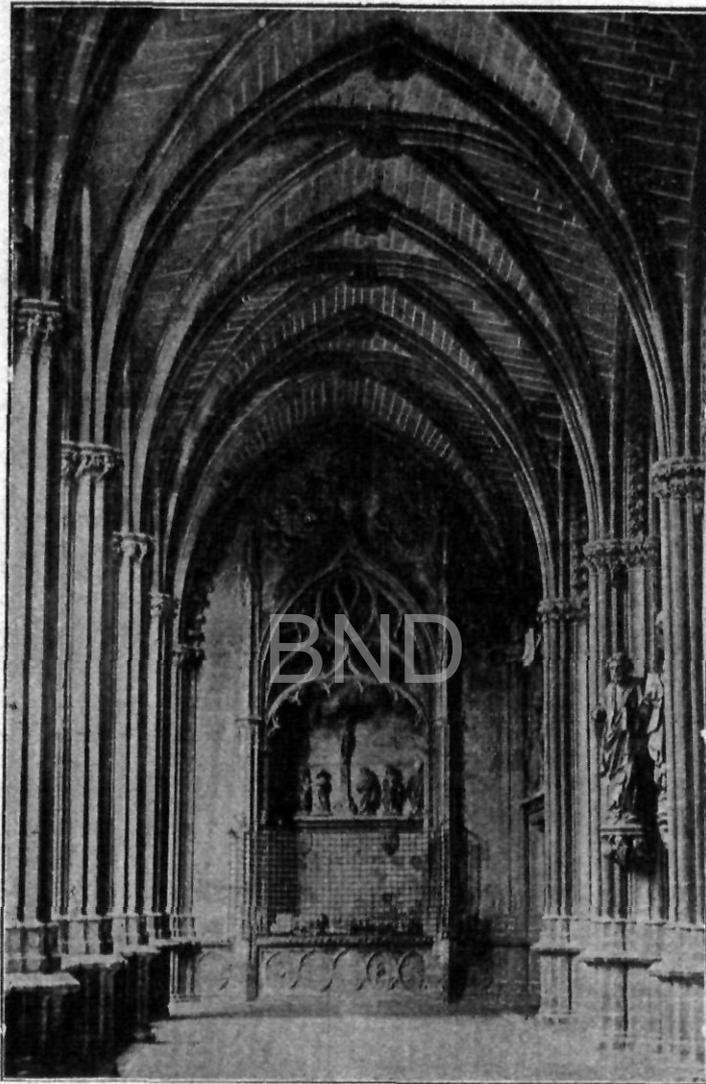
¡Pobre madre! Como todas, ya que no podía salvar á su hijo, se moría con él. Es el último rasgo de su amor.

Y poco á poco volví á la aldea y penetré en mi casita pensando en aquel triste episodio.

Por un secreto impulso fui á la alcoba donde aún dormía mi madre de mi alma, y le besé la mano, creo que con más cariño que nunca.

Cuando, durante mi vida, he visto á un hijo que, discolo, huye de la tutela paterna y se queja de su dominio, le miro siempre con pena, y allá en mi mente suelo decir:

¡Pobrecillo! Ese es malo porque no conoce como yo la historia del capullo de rosa.



PAMPLONA.—CLAUSTRO DE LA CATEDRAL.

(Fotografía de los Sres. Roldán y Mena).



LA FELICIDAD.

Sueño que al alma fatiga,
luz que ante mí se derrama,
voz que impaciente me llama,
ansia que á vivir me obliga;
felicidad que me hostiga,
que en pos de mí siempre vá,
que á un mismo tiempo le dá
luz y sombra á mi deseo...

yo en todas partes la veo,
y en ninguna parte está.

Vagamente dibujada
la encuentra el alma indecisa
en el bien de una sonrisa,
en la luz de una mirada,
en toda dicha esperada,
en la que pasó importuna,
en la gloria, en la fortuna,
en lo cierto, en lo imposible...
en todas partes visible,
y no se alcanza en ninguna.

Nube azul, blanca y ligera
que los sentidos engaña,
y tras de cada montaña
parece que nos espera:
en impetuosa carrera
el hombre á cogerla vá,
llega..... se fué..... siguela.....
piensa asirla á cada instante...
la nube siempre adelante,
pero siempre más allá.

Tras de la sombra mentida
que finge tu afán profundo,
buscándola por el mundo
vas consumiendo la vida;
sombra alcanzada ó perdida
en donde quiera que estés
por todas partes la ves...
¡mas, ay infeliz de tí!
si llegas, ya no está allí,
sí la alcanzas, ya no es.

¡Felicidad! sueño vano
de un bien que no está en la tierra,
ansia que impaciente encierra
triste el corazón humano;
luz de misterioso arcano,
vaga sombra celestial,
mezcla de bien y de mal,
tú eres en mi corazón
la eterna revelación
de mi espíritu inmortal.

J. S.

MESA REVUELTA.

El Rdo. P. Francisco Butiñá, de la Compañía de Jesús, nos ha honrado con dos ejemplares del bellissimo folleto que acaba de publicar dedicado á la clase obrera, y que lo titula *La Flor de los Aprendices ó el Venerable Nuncio Sulpricio*. Sale á luz con censura eclesiástica, consta de más de doscientas páginas de rica impresión, y lo adorna un primoroso retrato de dicho Sulpricio, herrero de profesión, fallecido en olor de santidad en Mayo de 1836. Muy particularmente debe recomendarse este folleto á los Centros de obreros de nuestra patria.

Muy reconocida queda nuestra modesta redacción á tan señalado obsequio.

En la República de San Salvador se hace prohibir y recoger los periódicos y libros contrarios al Catolicismo.

Hablando de este asunto, dice *La Patria*, de San Salvador.

«Las contemporizaciones con el mal son pecaminosas; el miembro podrido debe amputarse.»

Buena lección para España.

Según una leyenda del P. Catón, historiador del Mogol, la esencia de rosas se inventó del modo siguiente:

Resolvieron los súbditos de la princesa Nourmahal pasearla en una barca por un canal lleno de agua de rosas. Todas las flores-reinas de la provincia concurren allí. Llegado el día señalado y lleno ya el canal, fué lanzada al odorífero lago la dorada lancha de Nourmahal; remeros coronados de rosas la pasearon hasta la caída de la tarde. Grande fué la sorpresa de los concurrentes cuando vieron el canal cubierto de un aceite desconocido; era el aceite esencial, era la esencia misma de las rosas que el calor del sol había desprendido durante el día. El astro inventor fué imitado al instante propagándose la esencia de rosas en toda la india.

Hé aquí el origen de la esencia de rosa.

En los Congresos católicos celebrados en Alemania, el último en muy reciente fecha, los católicos han hablado en iguales términos que en nuestra nación respecto á la soberanía temporal del Papa, y el gobierno alemán, á pesar de ser protestante, no ha dado satisfacción ninguna al italiano.

En cambio el católico (?) gobierno español no tan sólo ha prendido á algunos estudiantes de Barcelona por el grito de ¡Viva el Papa-Rey!, sino que suspendió la velada que la Juventud Católica pensaba celebrar en obsequio del mismo.

Nota-bene. En cambio, los salvajes que en Valencia gritaron ¡Muera el Papa! ¡Viva Garibaldi! continúan sin novedad en su muy importante salud.



LA PRIMERA ROSA.

Dibujo hecho espresamente para LA AVALANCHA por el artista pamplonés Sr. Hualde.